



Palabras de Vida

Lecturas Bíblicas:

Hechos Apostoles 2, 14. 22-33—San Pedro 1, 17-21

Evangelio: LUCAS 24, 13-35

19 ABRIL 2026
3º Domingo PASCUA
ciclo A.



Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días? El les preguntó: ¿Qué? Ellos le contestaron: Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron. Entonces Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra de Dios.



REFLEXIÓN DE LA PÁLABRA

¡Qué difícil y pesado se nos hace el camino de la cárcel! ¡Cuánta soledad y tristeza! Estamos recorriendo un camino marcado por la desilusión de una vida truncada, por fracasos y esperanzas rotas. Muchos de nuestros sueños se han quedado en el camino tortuoso de un pasado que queremos olvidar. Nos cuesta retomar la vida y el futuro con ilusión y esperanza, soñando con realizar un mundo en libertad.

Esa fue la historia de los dos discípulos de Emaús. Pero Jesús, en persona, como un desconocido más, se acerca a ellos. Les habló al corazón y de sus proyectos de futuro caminando con otros creyentes. También Él camina con nosotros y nos acompaña en este trayecto amargo de nuestra vida aquí en la prisión. Cristo resucitado viene a cada uno de nosotros y se hace presente en nuestra vida, y en la vida de nuestra comunidad cristiana de esta cárcel. Es nuestro compañero de viaje. Él sabe lo difícil que es pasar por este trago amargo de la pérdida de la libertad. Por eso nos fortalece con su Palabra, nos alimenta con su Cuerpo y con su Sangre en la eucaristía. Él se parte y se reparte para que nosotros lo sintamos y lo comamos.

Si lo descubro en mi vida, notaré que algo empieza a cambiar en mí. Volverán las esperanzas e ilusiones de una vida perdida, empezaré a encontrar sentido a mi futuro, sentiré que, desde mi fe en Cristo, mi felicidad y mi libertad son posibles.

No permitamos que Jesús pase de largo. Sería un gran fracaso para nosotros. Vamos a descubrirle. Tenemos que ser capaces de verle en los más pobres, en los más despreciados, en todos aquellos que necesitan de nuestro amor y de nuestra atención. La estancia en prisión es un buen momento para encontrarnos con Cristo que viene a dar un sentido nuevo y distinto a mi vida. Él quiere, y tú también, cambiar de rumbo mi vida. Iniciemos esta eucaristía con la alegría de saber que Jesús está con nosotros.

Pedro Fdez. Alejo

ABRIR LOS OJOS (Pedro Fernández Alejo)

Es cierto que vivimos momentos de desconcierto e incertidumbre, lo que nos provoca zozobra, angustia e inseguridad. No sabemos a qué atenernos ante el cúmulo de noticias de las cuales, ya no sabemos dónde están las “verdaderas” o dónde las “falsas”. Tengo la impresión de que me siento como una marioneta, manejado y manipulado. No sé por qué intereses ni motivaciones. O a lo mejor sí lo sé o lo intuyo. Me siento como un juguete en manos de quiénes me garantizan y me aseguran que la cárcel es una buena terapia para mí, porque no puedo ni debo estar entre las gentes normales. La “verdad”, la justicia, la política, la ética y el bien social están en manos de unas pro mujeres y unos pro hombres que se creen los dueños de mi pensamiento, de mi conciencia, de mi moral y mi ética. Mujeres y hombres que su nivel de ética y dignidad están a la altura del betún, es decir de las suelas de los zapatos.

Y esta situación crea en nosotros mayor inestabilidad emocional, menos seguridad en nosotros mismos y, no digamos, en los demás. Percibimos que los soportes sociales, políticos, económicos, sociales y las estrategias iluminadoras y liberadoras de los prohombres de la patria y de los agentes sociales están actuado “como Cagancho en Almagro” (= hacer las cosas verdaderamente mal y en público).

Entonces, ¿de quién me fío, en quién me apoyo? Me siento defraudado, percibo que todo es un fraude.

Al final, sólo me queda la fe. Abrazarme a la fe. Abrazarme a la fe en Cristo Jesús resucitado. Abrazarme a la esperanza que Él me ofrece. Recobrar el sentido de mi vida desde Jesús y su Evangelio, desde el vivir mi condición de hijo de Dios, salvado por Cristo y parte activa y en comunión en la Iglesia de Jesucristo, de la que soy miembro por el Bautismo.

En el Evangelio de hoy aparecen dos discípulos de Jesús que, desilusionados por el fracaso de Jesús al morir en la cruz, huyen y le abandonan, y a sus amigos los discípulos. En el camino hacia Emaús, Jesús se les aparece, no lo reconocen. Estos le cuentan el motivo de su desilusión, aunque, es verdad que les fueron llegando noticias de que había resucitado, que lo vieron

unas mujeres, incluso algunos del grupo que fueron al sepulcro, pero a Él no lo vieron,... Al final, solo fantasía, noticias falsas, ... (fake news). Entonces Jesús les recuerda lo que está escrito en la Palabra de Dios sobre Jesús y todo lo que le pasó. Hasta que llegaron al pueblo de Emaús, y allí, sentados a la mesa, el desconocido, repite ante ellos el mismo gesto con el pan que vivieron en la Última Cena con Jesús. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, se volvieron a Jerusalén locos de contentos a contárselo a los amigos porque habían visto al Señor resucitado.

¡Qué tercos y necios sois!, nos dice Jesús. Ante estas situaciones extremas y dolorosas, realidades desde las que Dios me habla, desde las que Cristo se me hace presente en el camino de mi vida, ¿qué actitud estoy tomando? Toda esta experiencia ¿me va a servir para algo? ¿Esto me va a ayudar a cambiar en mis ideas, criterios, opiniones, convencionalismos sociales, políticos, etc.? ¿Me voy a convencer de que tengo que ir más a la fuente de mi vida y salvación que está en LA VERDAD del Evangelio, que está en Jesucristo, y responder desde la fe, el amor y la esperanza?

Vivimos unas circunstancias especiales que debieran servirnos para ir aprendiendo las lecciones que nos da la vida”. Para los que somos creyentes, o aprendices de ello, no debemos dejar pasar por alto esta si-

tuación de prisión. Estamos obligados a sacar provecho de ella, pues de estas circunstancias Dios se vale para que aprendamos y descubramos la verdad de la vida.

También a nosotros se nos deben **“abrir los ojos”** para reconocer la presencia de Cristo en nuestra vida. A veces somos muy tercos y obtusos y nos negamos a cambiar de criterios, formas de pensar, ideas y actitudes. Será Jesús quien nos repita también como a los de Emaús **“qué necios y torpes sois”**. Estamos comprobando determinadas situaciones en la vida personal, que no van bien, que nos están llevando por derroteros insospechados que nos están abocando a un callejón sin salida ante el vacío de valores, de ética humana y social, de principio morales, y, hasta, la anulación de las convicciones religiosas.

Estamos comprobando el terrible vacío existencial que vivimos, por la superficialidad de la vida, por la ausencia de valores, por la relajación en la ética y en la fe cristiana. **Hay grandes sectores de nuestra sociedad que ya están rechazando lo justo, lo ético, lo bueno, lo verdadero, los derechos y la dignidad y la conciencia para cambiarlo... ¿por qué?**

Estamos dando muerte a la vida en cualquiera de sus estados naturales. Jesucristo resucitado nos viene hoy a **“abrirnos el entendimiento, la razón y el corazón”** para que entendamos la situación que vivimos y el futuro que nos espera. Todo depende las opciones personales que cada tome en conciencia, ante sí mismo, ante la sociedad y ante Dios. Somos responsables de nosotros mismos..

